

Wolfram Eilenberger, *El fuego de la libertad, el refugio de la filosofía en tiempos sombríos, 1933-1943*, Taurus, MADRID. 2021.

El autor nos presenta a cuatro luchadoras por la libertad: Hannah Arendt, Ayn Rand, Simone Weil y Simone de Beauvoir en una turbulenta década que transcurre de 1933 a 1943.

El título es acertado. Todas ellas son buscadoras de la libertad, todas ellas sufren a su manera cierto exilio de sus lugares de confort, todas ellas van contracorriente en una sociedad aburguesada y dormida, sea por la bonanza de su situación de partida, sea por la moralidad de costumbres, sea por la hipocresía de sus contextos sociales, que de repente se ve alterada por la convulsión política, económica y moral de la época. La irrupción de los fascismos y comunismos más beligerantes, la crisis económica derivada del 1929. La crisis de los valores, que deja como lastre la primera guerra mundial, se deja sentir en la liberalidad de Beauvoir y su agitada vida sexual; en la crisis de identidad de una rusa exiliada, Ayn Rand, a los EEUU que busca su sitio en el paraíso capitalista imaginario, tras huir de la opresiva Unión soviética; la búsqueda impertérrita de la verdad de todas las cosas como necesidad perentoria de Weil y la contumaz lucha contra el totalitarismo de la abanderada judía Hannah. Todas ellas fueron se quemaron en el fuego de la libertad en tiempos sombríos.

El autor nos lleva de la mano con un hábil relato filosófico, literario y biográfico, manteniéndonos en tensión todo el tiempo. El interés que suscitan sus vidas, sus ideas, y la importancia de su pensamiento para el futuro las convierte en paso obligado de la reflexión filosófico-político y cultural del siglo XX.

Ayn Rand, pionera en su lucha por la libertad, defensora del libertarismo y el individualismo, como reacción al colectivismo opresor ruso del que huyó, se va convirtiendo, a través de decepciones, miserias, y fracasos en una de las escritoras estadounidenses de renombre. Hasta que culmina una de sus obras más famosa, el *Manantial*, su vida vaga de Este a Oeste, hasta que recalca en New York, en la cumbre del reconocimiento y del éxito. Fundadora del movimiento libertario, luchadora infatigable del individualismo, poco a poco se convierte en un referente de la vida cultural y política americana. Sus obras literarias se convierten en guiones teatrales, primero y cinematográficos después. Su guerra contra la moral altruista, mal identificada por ella, como herencia del cristianismo, debido a la lectura apasionada de Nietzsche, la desarrolla a través de ellos personajes de sus novelas. EL protagonista de una de ellas, que estará presente de una u otra forma en todas sus obras, Howard Roark, es el altavoz literario por la que ella expresa su credo: hay que superar la moral de esclavos, e inaugurar un “egoísmo ilustrado con un fundamento objetivamente justificable”. Roark encarna el espíritu dionisiaco, “egotista” (la versión randiana del superhombre: el que solo piensa en su obra artística, que está más allá del bien y del mal, que aberra de la caridad, y de los otros). Su narcisismo intelectual es solipsista su bandera es la supervivencia del depredador por encima de las constricciones mortales o culturales.

«El creador vive para su obra. No necesita de nadie más. Su objetivo principal está dentro de sí mismo [...] El altruismo es la doctrina que exige al hombre vivir para los demás y colocar a los demás por encima de sí mismo [...] En realidad, lo más congruente con su idea es el esclavo. Si la esclavitud física es repulsiva, aun más repulsivo es el concepto de servilismo espiritual. El esclavo conquistado aún tiene un ápice de honor. Tiene el mérito de haber resistido y de considerar mala su condición. Pero el hombre que se esclaviza voluntariamente en nombre del amor es la más vil de las criaturas. Degrada la dignidad del hombre y degrada el concepto de

amor. Pero esta es la esencia del altruismo» (Ayn Rand, *El manantial*, Barcelona, Deusto, 2019. P.988).

En el más puro estilo nietzscheano, Rand nos dice que «el mundo se halla amenazado de ruina, por una sola idea equivocada, que era un malentendido filosófico fundamental: la idea de ennoblecer el sacrificio del individuo por otros, por un colectivo beatificado por la propaganda. Y este bloqueo altruista del pensamiento era lo que había que impedir» (Wolfram Eilenberger. 35).

Rand no es una gran filósofa como las otras tres. Su apasionamiento dionisiaco, la ciega para ver que las consecuencias de la filosofía de Nietzsche, en su abogar por una sociedad nueva constituida por superhombres, genera una moral de esclavos obediente, tipo Eichmann, como nos ilustrará Hannah poco después. Bajo la apariencia de realización, de afirmación de sí mismo a toda costa, [como ejemplifica en su obra cuando Roark destruye toda una urbanización de viviendas sociales, porque alguien no ha respetado su idea inicial arriesgándose a ir a la cárcel] se esconde un “egotismo” antisocial peligroso, no solo para las masas de seres anodinos, rebaños de obedientes, sino del propio ser superior. Aunque Wolfram no lo dice, detrás de Roark se vislumbra la sombra de Dostoievski y su Rodión Raskólnikov (Crimen y castigo), Nikolái Stavrogin y Kirillov (Los demonios). Las paranoias, la amargura de un dios solitario. Y Roark no es más que su altavoz. Pero Rand retrata perfectamente el contexto existencialista de un capitalismo individualista feroz, aunque esta sea su pretensión no disimulada, pues cree ella que el objetivo es la defensa de la libertad...

Su círculo de amistades nada tenía que ver con proyectos políticos como los que envolvían las vidas de Arendt, Beauvoir, o Weil. irónicamente, de haber sido así, Eilenberger dice: “podrían haberla inspirado en el difícil proceso de encontrar un nombre para su propio círculo. Por ejemplo, el de “egoístas metafísicos”, “grupo de jóvenes libertarios” o. por qué no, para epatar, “libertad sin socialismo”» (W.E. p. 291)

Sus dos libros más importantes, *El manantial* y *la rebelión de Atlas*, fueron de los más vendidos en EEUU en los años sesenta (hasta 8 millones de ejemplares)

Podríamos resumir su perfil como individualismo nihilista. La influencia de sus ideas se deja ver todavía en el programa del Tea Party y en sus acciones de protesta.

Simone de Beauvoir, perteneciente a la alta burguesía parisina, es otra luchadora por la libertad. No tanto, aunque al final de su vida sí, en el terreno delo político social, como en el de lo moral. Amante fiel de Sartre hasta el final, [y de alumnos y alumnas que cayeran bajo su órbita, nos dirá Wolfram], «sellaron un pacto de amor muy particular: se prometieron uno al otro fidelidad y sinceridad intelectual sin dejar de estar abiertos a otras atracciones [...] Este proyecto les llevaría desde entonces a nuevos comienzos y aventuras: de París a Berlín y a Atenas; de Husserl a Hegel, pasando por Heidegger; de tratados a novelas y obras dramáticas. De la nicotina a la mezcalina y a la anfetamina. De la “pequeña rusa” [Olga], al pequeño Bost y a “la rusa más pequeña” [hermana menor de Olga. Todos ellos amantes de ambos]... » (W.E. p. 19).

Se trataba de unas relaciones deliberadas y conscientes que pretendían constituirse en un estilo de vida libre, sin coerciones costumbristas o morales. Fieles en el terreno de la admiración intelectual del uno por el otro, sin embargo, frágiles en el equilibrio emocional que escapaba a su pretendido control: «era el momento de estallar en lo físico. Sartre fue el primero, y durante el invierno dio a conocer con todo detalle, - a Beauvoir -su pacto de mutua confianza de 1929 lo exigía de forma expresa- su relación con la esposa de un compañero de estudios berlinés.

Aunque Beauvoir afirmaba que no se sentía celosa, aquello bastó para que, a finales de febrero de 1934, recurriera a un psiquiatra parisino para obtener la baja por enfermedad (motivo: agotamiento mental) y tomase el siguiente entre expreso hacia el frío Berlín» (W.E.p. 71). El vaivén de sus relaciones, a pesar de esa fidelidad intelectual, que de vez en cuando era también sexual, fue un constante en sus vidas. «La desilusión que sentía Sartre en particular de tener que reconocer la situación en la que se hallaba lo hundía en una continua depresión, muy persistente» (W.E. p93). El sexo, el alcohol, y los flirteos con las drogas de entonces, no resultaban satisfactorios. Los triángulos amorosos ya eran casi rutinarios, y -en esta década- ciertos fracasos editoriales, se sumaron a una sensación de que se abrían ante ellos una grietas ... «que amenazaban con transformarse en una sima durante aquel invierno de 1934... [...]ella meditaba cada vez más, con la lágrimas resbalándole por las mejillas , sobre la abismal incompatibilidad entre la felicidad del momento y la inevitable nulidad de todo esfuerzo, sobre todo cuando había bebido demasiado»[Simone de Beauvoir, *La plenitud de la vida*, Barcelona, Edhasa, 1982. Pp. 199].

En las páginas sucesivas relata las tendencias depresivas de Sartre, su hipocondría, el miedo a volverse loco, y la precaria situación en la que se encontraban en sus expectativas y relaciones. Parecía que solo un nuevo objeto de deseo, lo que Simone llamaba, “el principio Olga”, podría ser la solución. Dice así Simone: «Preferí que Sartre escudriñara los sentimientos de Olga que se reavivaran sus delirios psicóticos». [*La plenitud de la vida*, Barcelona, Edhasa, 1982.p. 206] Más adelante confirmará su fracaso: «De palabra y obra contribuía yo con empeño al buen funcionamiento del trío. Pero no estaba satisfecha, ni conmigo ni con ellos, y me asustaba el futuro» [Id. P. 217]. Su existencia es definida en la p. 149 como “caótica”. “Había momentos en que me preguntaba si mi felicidad no se basaba en una gran mentira” (W.E. p. 150).

En algún momento de su vida conoció a Weil, pero no pasaba de ser una filósofa mojigata en lo moral, y demasiado autoexigente en lo político.

Después de la guerra, su adoración por Sartre siguió en pie, sus mutuas infidelidades también, y sus psico dependencias también. Sus novelas y su obra filosofía, le brindaron el debido reconocimiento como comprometida luchadora por la libertad de la mujer. Su obra “El segundo sexo” es su bandera. Este libro es el manifiesto fundacional del feminismo del siglo XX, y su influencia es reconocible en todos los manifiestos de esta corriente.

Podríamos resumir su perfil como hedonismo libertario.

Simone Weil...Profesora de instituto, sindicalista, revolucionaria comprometida... dejó Alemania, como Hannah camino de París en el verano de 1933. Se dedicó obsesivamente a la acogida de refugiados, a la educación de los obreros y a su sostén (donaba anónimamente todos sus ingresos como funcionaria a los obreros necesitados), al periodismo. Aquejada de migrañas terribles, de salud extremadamente frágil, sin embargo, no dudó en asociarse al sufrimiento de los más precarios o durmiendo en suelo en señal de solidaridad, o compartiendo con ellos su trabajo (estuvo un año trabajando en una fábrica) o entregándose a la lucha por lo que consideraba que era justo sin temor. Estuvo en la guerra civil española, presenció el intento de fusilamiento de un cura que se salvó milagrosamente, pero que a ella le sirvió para ahondar en la crueldad y la terrible arbitrariedad de la violencia, y que la llevó a distanciarse, además de por su incompetencia como soldado y su fragilidad (que era un lastre para todos), de la justificación de la guerra.

Su desafección respecto a todo partido político anarquista o comunista se consumó, en las conversaciones con un refugiado de honor al que acogió en su casa de París, nada más y nada menos que Trotski. Ella, comprometida con todo su ser con la justicia observaba que: «NI Marx, ni Engels, ni Lenin, ni Trotski ni Stalin habían conocido en realidad la vida dentro de una fábrica. Y eso se notaba claramente, según la crítica de Weil, en sus respectivos análisis y métodos» (W.E. p. 104).

Weil nunca cesará en su empeño de desenmascarar la fetichización marxista del desarrollo de las fuerzas que mueven la historia.

«Los marxistas [...] creen que todo desarrollo de las fuerzas productivas hace avanzar a la humanidad por el camino de la liberación aún al precio de una opresión temporal. Es natural que los bolcheviques, armados con tal certeza moral, asombren al mundo con su violencia. Sin embargo, es raro que los dogmas tranquilizadores sean racionales. ...nos llama la atención su carácter mitológico en toda la literatura socialista... » (W.E. p. 108)

Weil se anticipa al siglo XXI en su diagnóstico de su mundo en decadencia. La retórica de la colectividad y la colectivización que estaba poniéndose en marcha desde el XIX y que llegaría a su culmen tras su muerte en el maoísmo que tanto atraerá a la Francia de las postguerra, “lejos de expresar un verdadero deseo de emancipación, era la expresión más clara de una opresión adornada ideológicamente: “Nunca el individuo ha estado tan a merced de la colectividad ciega, y nunca los seres humanos han sido más incapaces de someter sus acciones al pensamiento, y hasta de solo pensar [...] como en la forma actual de la civilización» (S.W: Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social, Madrid, Trotta, 2015. P.223. In W.E. p. 111)

Sobre ella escribió Camus en 1951: «Simone Weil, ahora lo entiendo, es el único gran espíritu de nuestro tiempo [... autora de una obra] cuya repercusión aún hemos de calibrar» (W.E p. 331)

A partir de su lectura y escritos sobre la *Iliada*, comprende Weil que la guerra en Europa, como la de Troya, solo traerá destrucción, tristeza y amargura infinitas, y nada más. Una derrota para todos los participantes, de la cual solo «podrían salvarse mediante una misericordiosa inmersión en la misma luz que iluminaba la *Iliada*. Para Weil esa luz era la misma luz de los Evangelios» (W.E. p. 226)

Simone Weil iba poco a poco, tras sus muchas experiencias de dolor inefable, de crueldad y violencia vividas, entendiendo que la Cruz de Cristo no era el símbolo de una religión cualquiera, otra más, de las que ella conocía bien en su búsqueda incansable de la verdad, sino un paradigma de la humanidad doliente, y su única esperanza. La ética de Weil está fundada sobre una “indiferencia superior”, que se encuentra también en la mística de la que era asidua lectora, pues había tenido en su vida tres experiencias de arrobamiento. Ante esta indiferencia santa, los hechos dolosos y terribles que le tocó vivir adquieren un sentido: “Amar todos los hechos no es sino leer a Dios en ellos”: (*Cahiers*, 2, p. 193. In W.E. p. 278). Weil se auto propone un camino ascético de salvación, que sabe que no es para todos, porque viene de otro mundo. Ella empezaba a ser de otro mundo. Su muerte prematura, no buscada, sin embargo, sí era deseada porque intuía, wittgensteinicamente que el sentido definitivo del mundo estaba fuera de él: «En 1942 entregó los *Cahiers* a Perrin [sacerdote católico amigo] y Thibon [filósofo] para su custodia. El 14 de mayo de 1942, los Weil abanaban Marsella, en un principio con destino a Casablanca. Desde la borda, Simone gritó a sus amigos que la saludaban desde el muelle: “¡Qué hermoso bautizo sería si nos torpedeasen!”. (W.E: p. 281)

Fue enterrada en Ashford, en cuyo hospital murió de tuberculosis (1943) y de inanición por una insuficiencia cardíaca. En su tumba se puede leer: «Con sus escritos se encuentra entre los más importantes filósofos contemporáneos»

Podríamos resumir su perfil como santidad heroica.

Hannah Arendt también pertenecía a la burguesía alemana de origen judío. También tuvo una agitada vida sexual, también tuvo un apasionado amor por la filosofía, y también, como Beauvoir y Sartre, devota heideggeriana. Consciente de su ascendencia étnica, a pesar de pertenecer a una familia burguesa judío-alemana integrada, empezó a suscitarse en ella un interés por Herzl y su movimiento sionista. Ya, en el temprano 1930, llega a pensar que este era “el único camino”. «Quien es atacado como judío debe defenderse como judío, no como alemán, o como ciudadano del mundo, o en nombre de los derechos humanos o algo parecido» [H.A. *La pluralidad del mundo*. Barcelona, Taurus, 2019, in W.E. p. 119]. Su desconfianza en la eficacia social o política de la idea de derechos humanos era para ella un hecho consumado. Nadie protegería a alguien que no sea reconocido como ciudadano de un país concreto con un gobierno concreto. Viaja a Palestina en 1932, pero, aunque le llama la atención la “igualdad” sin embargo sospecha que los *kibbutzim* no son la solución para el problema de su pueblo. Los interpreta como una nueva aristocracia consistente en “gobernar a tus vecinos”. Su inquietud intelectual, su clara identidad judía son su bastión para su compromiso en la lucha contra el totalitarismo (no como Weil, que hasta Lévinas le imputa su desafección con su origen judío, y su ignorancia de la cultura a la que étnicamente pertenecía. Cf. *Difícil libertad*, Esprit, Caparrós, Madrid, 2004).

También su tesis doctoral, en la época en la que se veía en secreto con Martin Heidegger, dirigida por K. Jaspers, sobre *El concepto de Amor en San Agustín*, marca también su forma de ver el mundo en aquel momento. Para Hannah, “quien ama no está solo en el mundo” (W.E. p. 143). La idea de igualdad que es permanente en su preocupación deriva de esta tesis. En su último capítulo, titulado “vita socialis” sostiene: “Esta rotundidad de la igualdad está contenida en el mandamiento del amor al prójimo. Porque el otro es en lo fundamental igual que tú, es decir, tiene el mismo pasado pecaminoso que tú, debes amarlo”. [*El concepto de Amor en San Agustín*, Encuentro, Madrid, 2009. Trad. de Agustín Serrano de Haro].

Pero el giro radical que tomará su pensamiento, según Wolfram, viene cuando irrumpe en el horizonte político, la transferencia de la inmanencia del caudillo todo poderoso, como antagonista del Dios transcendente todopoderoso. Ante esta visión totalitaria del mundo desaparecían los ideales de igualdad, de amor al prójimo... “el individuo como tal carecía en esencia de valor. Podía existir, pero no tenía por qué. Su sacrificio no suponía el fin del mundo” (W.E. p. 145). Los relatos míticos del origen de la comunidad humana habían sido sustituidos por relatos particulares de naciones o de pueblos. Ya no es el otro como prójimo o hermano sino como “camarada local”.

La deshumanización es un concepto compartido con Weil. Es lo que confiere a la guerra que se avecinaba su verdadero rostro. Ya suenan los tambores de guerra que se callarán solo cuando la mutua autodestrucción esté asegurada: «la progresiva deshumanización de los que serán asesinados día tras día en nombre de los objetivos de la guerra (hasta el punto de que el acto de matar ya no conoce puede conocer ningún objetivo ajeno a él). Nada puede detener esa espiral, excepto la propia muerte. (W.E. p. 224).

Logra, después de decenas de avatares históricos, políticos, matrimoniales, en los que conoció a Walter Benjamin, Arthur Koestler, etc., emigrar a los EEUU en los que se asentó, con esporádicas visitas por encargo a Alemania e Israel, a propósito del *Eichmann en Jerusalén*

Su libro *Los orígenes del totalitarismo* es considerado como el documento fundacional de los estudios sobre el totalitarismo y la consagración mundial de Hannah como periodista y profesora de filosofía de prestigio. Podríamos resumir su perfil como compromiso identitario, con su pueblo y con la razón, sin componendas. Así como infatigable luchadora contra el totalitarismo.